

## Eso que falta

*Música a todo volumen. Humo revestido de rojo por el reflejo de las luces. Una pantalla de televisión sobre la pared del fondo completa el cuadro. Se escuchan jadeos y gemidos de los cuatro personajes, que crecen hasta el clímax. La grabación del hotel informa que dentro de treinta minutos tienen que dejar la habitación.*

El Programador. —Tengo que volver al trabajo.

La Sátira. —Cojo con Él y es como ir subida a un caballo que va cada vez más rápido, y más, y más, y hay un segundo en que me doy cuenta de que no lo controlo, que no puedo controlarlo, es un segundo brillante en que me desespero, me vuelvo loca de vértigo y me someto, todo a la vez.

El Novio. —La imaginación es lo más mío que tengo. Lo único mío.

El Programador. —Se va a fundir el proyecto. Es el tercero que se me va a fundir. Por qué me ponen de Project Manager si yo estoy para programar máquinas, no personas. No puedo darle órdenes a nadie, termino codeando todo yo, horas extra, noches y noches, y no llego, y se acaban los plazos, el proyecto se prende fuego, se funde, me cagan a pedos y me ponen en otro proyecto para volver a empezar.

Todos. —Es cuando todo está a punto de pasar.

El Programador. —Este lugar es sórdido.

La Sátira. —Me gusta este lugar.

El Programador. —El olor a desinfectante obliga a pensar en la infección.

La Sátira. —Un lugar público donde hacer lo más íntimo, todas las paredes llenas de marcas, recuerdos, fantasmas.

El Programador. —Y tiene mala señal de wifi.

La Sátira. —Pero te cobran aunque entres sola.

La Ejecutiva. —Todos acaban igual. Hombres, mujeres. Como cachorritos orgullosos. Después de la mueca les agarra una arrogancia ridícula, esa sonrisa idéntica, como si el orgasmo lo hubieran inventado recién. Nadie es tan especial como se cree. Se agarran de alguna particularidad, una extravagancia fabricada, algún talento trivial, anécdotas exageradas. Bueno, sí, conocí algunos especiales, más ricos. Pero todos nadan en el mismo mar, todos pican el mismo cebo. Primero que nada, quieren que se les preste atención.

El Novio. —Fingir un orgasmo es una boludez, si estás con forro. Pero no puedo caretear el estado de dulzura post-orgasmo. Tendría que prestar atención a qué hago normalmente después de acabar, pero siempre me olvido, porque cuando recién acabé no hay pasado ni futuro, es alegría dulce y dulzura alegre, es correr por un valle sin caminos hasta quedar sin aliento y tirarse a reír entre flores y... pajaritos... no, me fui al carajo. Pero me acuerdo que era bastante hermoso, cuando pasaba sin esfuerzo.

La Sátira. —Someterse en serio, eso es algo hermoso. Es brillante. Mi gata... cuando mi gata está en celo la dejo en el jardín maullando loca y la miro desde adentro. Algún gato llega, se buscan, se combaten. Cuando el macho la monta la gata se pone furiosa, chilla, lo araña, se revuelve, pero el macho sabe que no tiene que escuchar ni los gritos ni las garras. El macho escucha la cadera de la gata, que sabe mucho más.

El Programador. —Y yo le digo que sí a mi jefe, que sí a los inversores, a los programadores, sí, a los juniors, sí, a mi mujer, sí, a mi hija, sí, sí, sí. ¿Siempre fui tan cagón? Sí, la verdad que sí.

El Novio. —Vivo en dos mundos a la vez: uno es la realidad, el mundo cotidiano, y el otro es un mundo que elijo yo, que imagino. En la realidad estoy caminando por la calle, pero adentro mío voy corriendo, saltando, escapándome de la policía en Nueva York o persiguiendo a un samurai fugitivo en Japón antiguo; en la realidad resumo apuntes de la facultad, y adentro mío descifro códigos de ejércitos de telépatas invasores interdimensionales; en la realidad vamos al chino a comprar un puré Cica y no, no miré la fecha de vencimiento, perdón, adentro mío estaba levantando barricadas para atrincherarnos en un apocalipsis zombi. Así me estimulo.

La Ejecutiva. —En su hábitat natural, el sujeto recorre fiestas de oficina y barras de afteroffice,

aferrado a su vasito, estirándose la sonrisa en la cara y buscando con ojos de adicto la atención compasiva de algún ser humano de verdad. Entonces le presto atención al sujeto y pica, le saca la desconfianza con unos halagos elegidos mientras me muestra lo que quiere que yo vea. En algún momento, dependiendo de la edad mental, las malas experiencias y el alcohol en sangre del sujeto, se le escapa una pizca de verdad, muestra algo de sí mismo. Un lapsus, un desequilibrio. Ahí viene lo segundo.

El Novio. —Y cuando en la realidad estamos cogiendo y me falta muy poco para acabar, si me quiero estimular en el último tramo, también tengo una fantasía. Nunca se la cuento a ella, es personal, mía, intransferible. Por eso es tan lindo. Es tener un núcleo secreto, como ser un espía en otro país, un doble agente.

El Programador. —En mi cabeza lo digo todo ordenado, mi discurso es irreprochable, incontestable, funciona perfectamente. Pero en la realidad no llego ni a la segunda frase pensada, el otro introduce una interrupción o un gesto, es el factor caótico, no lo puedo prever.

La Ejecutiva. —Cuando el sujeto me mostró un poco de sí mismo sin querer, ya no quiere que crea en su personaje sino que pacte con un juego de roles, ahora quiere que lo vea como una construcción y que lo admire por su diseño, y quizás que me sienta halagada por el desliz, del que se apropió como si hubiera sido planeado.

La Sátira. —La cadera de la gata dice más y el gato da más. El macho no es como esos pendejos cagones que se la dan de cogedores pero si los encarás arrugan. Y yo tampoco soy como la gata, porque después de someterme, del momento brillante, de vibrar entera y disolverme, que me salga todo el aire como un rugido y todo el flujo como una fuente... ahí me endurezco. Y someto yo, y galopo, y cuando lo tengo a punto de estallar, a un minutito, me lo meto entero en la boca, para que sepa que me lo puedo comer, si quiero.

La Ejecutiva. —Sujetos especiales idénticos: quieren interés, quieren admiración, y quieren que se la chupen. Y todo eso me sale magnífico, es muy fácil de hacer cuando te das cuenta de que son oficios como cualquier otro, susceptibles a ser aprendidos y mejorados. Me debo haber comido doscientas pijas, treinta conchas... muchos culos. Es importante eso.

El Programador. —El caos me paraliza: no me preparé para esto, ¿qué hago?, y no sé, pero tengo que decir algo, entonces digo sí, sí, sí, sí, sí a todos. Soy un cagón, mi proyecto está prendido fuego, mi hija se me caga de risa y hace dos meses y medio que no tengo sexo con mi mujer. Ni con nadie.

El Novio. —De pronto, en un día del montón, la fantasía deja de servir.

La Ejecutiva. —Es una fórmula simple, y funciona sobre especímenes simples. No hay fórmulas para forzar lo interesante. Los que tienen sustancia, brillo, riqueza... apenas se los puede probar, enseguida se vuelven incontrolables. O se vuelan. Pero eso al margen: ahora lo importantes es que con mi receta simple acabo de cerrar una operación de trece millones de dólares.

La Sátira. —Un duelo. Lo miro a los ojos recios y late miedo. Brillante, tenso, cede el control. Se entrega. Y recién ahí lo dejo inundarme la boca de leche. Así se doma un caballo salvaje, señoras y señores. Y se lo suelta en la llanura, para que en una semana le vuelva el salvajismo, porque domado no sirve.

El Novio. —Llamás a la fantasía, y viene, pero no te sirve, y no hay tutía. Evocás todo el argumento, los detalles, y no te estimula. Amargura, eso, gracias. Es un momento de amargura. No es sólo que no funcione, es que hay algo muy tuyo que se volvió estéril. Cómo quiere que acabe, si mi núcleo le cedió eso a la realidad. El deseo fugaz. El deseo de fugacidad. El deseo de deseo. Todo estéril, y no hay tutía.

El Programador. —El Tails es un sistema operativo amnésico, se usa desde un pendrive en cualquier computadora y sirve para entrar a páginas Onion de la red Tor. No se puede rastrear.

La Ejecutiva. —Cena de trabajo. Un CEO sueco y mi jefe de cuentas. Qué lindo sujeto, mi jefe de cuentas. Nos entendemos, es como una buena pareja de baile. Tres horas, tres vinos, y lo trajimos al sueco para acá. Me ensartaron como un pollo al espiedo. Eso genera mucha conexión con el cliente, una complicidad. Mañana a primera hora el sueco firma la transferencia. La comisión por facilitamiento la repartimos. Los gastos del hotel los pasamos por caja chica.

La Sátira. —Lo mismo un caballo que un león, un toro, un gorila, todos los machos el macho.

La Ejecutiva. —Un cerdo, el sueco. Estamos en un restaurant de pescados y mariscos y pide una entrada de riñoncitos.

El Programador. —Como es anónimo, en la red Tor podés ver todo lo que en internet está prohibido, y eso equivale a absolutamente todo. Se venden armas, hay instrucciones para hacer drogas y venenos indetectables, hay asesinos a sueldo. Mucho porno gore, muchísima pedofilia. Muchísima. Pero eso, a mí, no me interesa. Lo que quiero es el anonimato. Ahí puedo mirar lo que quiera, hacer y decir y opinar lo que quiera, soy como un nene invisible en un parque de diversiones. Un parque de diversiones lleno de porno raro.

La Ejecutiva. —No puedo ver carne mal hecha. Me la vi venir y vino. El riñón era de vaca troceado, al vino tinto, y con provenzal seca. Decirle provenzal a ajo y perejil masticados y escupidos en una bolsa por alguna vieja boliviana es como decirle alita de mosca al paco. Eso no es provenzal.

El Novio. —Nuestra relación es lo más nuestro que tenemos. Nuestro núcleo. No podría explicársela a nadie, tendrían que vivirla para entenderla. Y vivirla como nosotros, además. Intransferible.

La Sátira. —Mi madre quiere castrar a la gata porque no puede dormir con los gritos del cielo. ¡Ja! ¡Si me escuchara a mí!

El Novio. —Si nuestra relación no funciona puede ser por algo que le pasa al otro, o por el momento, o las hormonas, el estrés, incomunicación, preocupaciones, mil factores. No es culpa de nadie.

La Ejecutiva. —Cuando sirvieron el plato regurgité bilis. El cerdo sueco estaba encantado. Para gustos, los colores.

El Programador. — Me gusta esa impunidad, porque la realidad no la puedo programar. Me muevo por la *deep web* con capas, los routers Onion reciben cada paquete de información y al descifrarlo es como que pelan la capa y la transfieren a otro router. No sé si me explico. Hace dos semanas me levanté y mi mujer me pegó una cachetada, y yo le pedí perdón antes de saber por qué me la había dado. No sé cómo me olvidé de cerrar la puerta de mi estudio la noche anterior. Navego pseudodominios de IP anónima vía siete proxis, mi huella virtual es indetectable, pero me olvido de cerrar la puerta justo cuando me la estoy cascando con un video de tres chinas pasándose vómito de boca en boca.

La Sátira. —Tengo miedo de parecerme cada día más a ella.

El Programador. — No sé cómo dejé la puerta abierta, justo la noche en que mi hijita de cinco años estaba con una amiguita, que justo se despertó por una pesadillita. Sólo sé que no la escuché meterse en el estudio, y algo vio, y algo contó, y ahora mi mujer no me mira y tengo prohibido masturbarme en mi propia casa. ¿Cómo puede uno anticiparse a las otras personas?

El Novio. —Además, si la relación no anda, podemos insistir en la forma anterior que sí andaba y esperar a que se vuelva a llenar, defendemos el estado mutuo que alcanzamos alguna vez y hacemos la forma y seguimos apretando un resaltador sin tinta porque, cada tanto, hace una rayita amarilla perfecta, brillante, cada tanto caminamos juntos por la calle y nos da un ataque de risa, o alguno de los dos dice algo increíblemente hermoso, o pasa no sé, cualquier boludez, y tenemos un día de enamorados como un oasis. Aunque cada vez ese resaltador esté mas despeluchado y esos oasis de días enamorados se alejen más entre si, no es culpa suya, yo ya sé, pero tampoco es culpa mía. Hay mil factores, miles. No es culpa de nadie.

La Ejecutiva. —Los riñones de animal joven, cordero o ternera lechal. Limpios, escurridos, tiernitos. La sartén con abundante aceite de oliva primera presión, van la cebolla cortada fina y el echalot, fuego bajo, hasta que doren, hacés un hueco en el medio y ponés los riñoncitos ahí, que se hagan juntos.

El Novio. —No quiero entrar. Se va a dar cuenta, va a decir que estoy raro, yo voy a hacer como que no, se va a generar esa capa densa entre nosotros, esa especie de pared traslúcida, incómoda, como cuando alguien se olvida la letra en una obra de teatro y todos sentimos el bandazo de lo falso contra lo... menos falso.

La Ejecutiva. —Un majado provenzal de verdad: machacar ajo y perejil fresco, tomillo, mejorena, laurel e hinojo. Eso va a la sartén con un poco de agua, sal y pimienta. Un buen rato ahí, todo bullendo, burbujeando, fragante, intenso.

El Novio. —Una capa tensa, como un afta inflamada.

La Ejecutiva. —Y un minutito antes de apagar el fuego, con el último hervor: un chorrito de jerez recio, un matiz amargo.

El Novio. —Amargo, gracias. Un momento amargo. La esterilidad es sólo mía.

La Ejecutiva. —Servido en cuenco de barro, con un huevo escalfado, una ramita de tomillo, y una copa de merlot.

La Sátira. —Tengo miedo de mí misma. Hay veces que despierto de un sueño en la que la veo muerta. Y hay algo de eso que me excita, no me puedo volver a dormir, miro el techo y cada mancha de humedad es su cara gris callándose para siempre. Después sale el sol y la escucho, prende la radio de mierda, y arrastra las pantuflas de mierda, y enciende la hornalla de mierda, y tengo que hacer fuerza para convencerme de que ese sueño que me hace sonreír fue una pesadilla, una pesadilla terrible. La gente que no puede ser feliz no puede estorbar a los que todavía pueden.

El Programador. —Cada día se parece más a la madre. La estoy perdiendo. La llamo y no me responde, le hablo y no me mira, pongo la tele y me cambia el canal. Sí, sí, sí. Mi hija habla en español neutro: “la nevera” dice. “Se dice heladera, no nevera” le digo. “Mamá, ¿se dice heladera o nevera?” “Se puede decir de las dos formas”. Y esa sonrisita sobradora. Se mira con la madre y se ríen, de mí se ríen. Después se van a lo de la abuela, esa vieja infeliz que siempre me trató como basura, y son tres generaciones de conchudas riéndose de mí con risita sobradora en español neutro. Pero calma. Calma. Tengo mi refugio.

El Novio. —Al final, ¿De qué vamos a defender lo nuestro? ¿De lo que le pasa a todo, hasta a La Fantasía, hasta a lo más propio?

La Sátira. —Me visto siempre de negro para que el luto no me tome por sorpresa.

La Ejecutiva. —El primer bocado tiene que ser un riñoncito entero, un par de pedacitos de cebolla y un poco de huevo, bien empapado del jugo de cocción. Lo acercás, entra el perfume, toca la lengua, el sabor inunda la boca, la faringe nasal, el cerebro y el alma, toda tu vida fuiste un germen hasta ese momento en que florecés y hay un instante que se despliega, un instante perfecto. Y pasa. Pasa, y el cuerpo ruge por seguir tragando hasta llenarse, porque el cuerpo es un cachorro, pero a esa altura, comer el resto del plato da igual. Cada instante va a ser inferior, se va a degradar el recuerdo del primer bocado mientras tragás distraída y ya sin hambre y te escarbás los dientes calculando las calorías que comiste y cuánta cinta vas a tener que hacer. No, no, más vale tomarse una pastillita, tirar el resto del plato y seguir trabajando. Ya va a llegar otro instante.

La Sátira. (*Le suena el celular, lo mira y atiende.*) —Hola mamá. Si, no te preocupes, ahora voy, me encontré con una amiga en el camino y fuimos a cenar. No la conocés. Si, las conseguí, tenían tu receta anterior, no hubo problema. Cuando llego me contás, mami. En veinte minutos estoy. Si. Me contás después, mami. Un beso. (*Corta.*) Hija de puta.

El Programador. —En mi casa meto el pendrive, miro el porno de un fichero infinito, pero no me toco. Anoto las direcciones, les pongo un valor de intensidad erótica, y considerando mis parábolas de excitación armo una lista ordenada con la que me puedo pajear exitosamente tres veces en un turno de dos horas. Si funciona el wifi. Millones de usuarios hacen lo mismo y publican sus listas. Hay un japonés que me gusta mucho lo que hace, tenemos criterios compatibles, y tiempos de refracción peniana similares. Pero ahí también entra el factor caótico, tengo que revisar la lista bien, porque a veces, en el pico de la parábola de dilatación de vasos sanguíneos, mete un video con nenitas. Y yo no puedo.

El Novio. —Viste mi gesto, viste mi duelo y no lo entendés. Y no te lo puedo explicar porque es intransferible. Entonces insistamos, vamos a cenar a ese lugar donde esa vez nos divertimos tanto y pisoteemos el recuerdo con conversación forzada y miraditas al celu, donde había apego pongamos celos, donde había un enlazamiento cuántico de carnes y almas pongamos un pistoneo mecánico, en cucharita para no transpirar tanto, y nunca dejemos de hacernos los boludos. Vamos a un telo, dale, apretemos el resaltador: hoy no puedo porque tengo fútbol, mañana vamos a lo de tus viejos, pero el jueves sí, fija, dale. Y adentro mío soy tan tuyo, adentro mío sos la dama de todos mis caballeros, y en la realidad... bueno, es sólo un momento.

La Ejecutiva. —Cuando el sueco fue al baño del restorán, mi pareja de baile me dice “Vas a ver, éste

cuando se la estás chupando se va a hacer el boludo y me la va a agarrar”. Y así fue. “Después, cuando estemos los tres, yo te marco. Vos acabá y correte, que la sigo yo.” Y así fue. No sé como hace para adivinar esas cosas. Bah, lo piensa mucho, le gusta la sordidez al morbosito. Para gustos, los colores. ¿Qué me voy a preguntar yo?

La Sátira. —Ahora a ponerse la sonrisa ¿eh? ¿qué toca hoy? Pechuguita hervida, puré de calabaza. Reírse sin ganas libera la misma cantidad de endorfinas que reírse en serio, lo leí en el readers digest.

El Novio. —Cada día se estira todo un poco más, se retuerce, pero no se rompe nunca. Y no me puedo enojar, ella no tiene la culpa de estar bien así. Porque ella está bien así. Creo. Por lo menos puede acabar. Creo.

El Programador. —Con mi mujer ya está todo mal, es cuestión de tiempo, pero ella... tengo miedo de de no querer a mi hija.

La Ejecutiva. —No es un momento apropiado para pararse a pensar.

La Sátira. —Las endorfinas te hacen feliz: cuanto más sonrías, más feliz vas a ser. Es así, lo leí.

El Novio. —Pasa en todas las parejas. Es sólo un momento.

El Programador. —Calma. Me estoy adelantando. Faltan años, muchos años para que se convierta... en otra mujer más.

La Ejecutiva. —Cuando los costos sean más altos que los beneficios, cuento las ganancias y me vuelvo.

Todos. —Por ahora, estoy bien

*(Todos sonríen aparatosamente. La grabación del hotel vuelve a sonar. Ahora sí deberán abandonarlo. Las sonrisas caen.)*

La Sátira *(llorando enojada)*. —¿Quién? ¿Quién tiene la culpa de todo lo que puede ser y no es?

El Novio. —No es culpa de nadie.

El Programador. —¿Cómo puede uno anticiparse a las personas?

La Ejecutiva. —A mí, a esta altura, me da igual.